Thomas Ward, *La anarquía inmanentista de Manuel González Prada* (Lima: Horizonte, 2001).

El fin de siglo hispánico es inseparable de una serie de reflexiones en torno a la religión, al planteamiento espiritualista y, en suma, a la base de la realidad, frecuentemente bipolarizada entre fenómeno y nómeno. Prácticamente todos nuestros escritores finiseculares se enfrentan a cuestiones de esta índole. Entre ellos, destaca la postura de González Prada, de cuyo análisis trata este libro, que se va a demorar en las ideas religiosas del escritor peruano.

Ward empieza contextualizando las ideas de González Prada dentro del marco comtiano y su teoría de los tres estados (teológico, metafísico y positivo). Señala las diferencias con el francés, particularmente en relación a la consideración de la religión católica que para el limeño es propia de un estado primitivo (teológico). Se nos muestra al escritor peruano lleno de seguridad en una ciencia que opone al catolicismo, en el filósofo frente al sacerdote.

Uno de los temas espinosos en relación a este escritor sería el relativo a su representación de Dios. Ward resuelve el tema señalando los elementos panteístas y agnósticos palpables en su obra, a la vez que la conexión entre Naturaleza y Dios, para siguiendo a Ferrater Mora afirmar que “la ciencia destruye la representación dualista de Dios, y por lo tanto, reduce a Dios a lo que Ferrater Mora llama *la unidad del mundo* (II: 598). El filósofo español clasifica esta tendencia filosófica como el *panteísmo ateo* (II: 598). El aspecto ateo se explica por el materialismo mientras el panteísta procede de la reducción de Dios al espíritu humano, otra configuración de la materia. Como el término *panteísmo ateo* parece ser oxímoron al vincular sus dos elementos constituyentes, y porque la palabra *ateo* está cargada de connotaciones que poco tienen que ver con su ideario, preferimos usar la palabra *inmanentismo*.” (p. 46). Con lo que así se justifica el título del libro y la tesis que en él se mantiene. Por otro lado, Ward va rastreando las huellas de Lucrecio, Spinoza y Renan en el pensamiento inmanentista gonzálezpradiano. El pensador francés -cuya influencia ya fue señalada por Chang-Rodríguez y Davis, y al que Pérez Gutiérrez dedicó una monografía fundamental (*Renan en España*, Madrid, Taurus, 1988)- le proporciona un arsenal de argumentos para criticar el formulismo y apartar de la religión católica y así auparse al espiritualismo inma-

nente y a la representación de un Jesucristo accesible a la oración mental, a la eliminación del culto exterior y a la creencia en un Dios íntimo. Es decir, todo el programa que llevará a un escritor como Unamuno, próximo en sus posturas al limeño, a acercarse a Renan y a la teología protestante, para buscar ese Cristo personal, ajeno a la institucionalización de la religión (vid., por ejemplo, *La agonía del cristianismo*).

De esta forma, González Prada analiza el papel de la Iglesia en la sociedad y por ende reflexiona sobre su función histórica. Aquí Ward pone de relieve las raíces bakunianas de nuestro escritor, así como su conexión con los planteamientos de la modernidad; y nos muestra cómo la historia oficial, favorecedora de la Iglesia, olvida sistemáticamente, al vulgo. En esta reorientación de la historia, por otro lado, se produce una reivindicación del individuo frente al Estado, para Ward de origen anarquista, concluyendo que: “Apoyando a las masas (igualitarismo) y al individuo (anarquismo) el bardo anticipa la llamada literatura testimonial.” (p. 99).

A continuación, este estudio va a mostrar el pensamiento del escritor peruano frente a los poderes temporales. Para ello se plantea la denuncia del Estado y su corrupción, y cómo la destrucción del poder político-religioso podrá alumbrar la utopía anarquista, que se asentará sobre la ciencia, la igualdad y la tolerancia, y cómo para lograr estos objetivos no se debe excluir la revolución y el tiranicidio. Ward, recorre de esta manera, las líneas maestras del ideario social de González Prada, su abandono gradual del positivismo (p. 139 y ss.), las raíces proudhonianas -también palpables en su visión de la religión (el escritor francés es una constante tónica del discurrir iberoamericano del último tercio del siglo XIX, al igual que en utopías peninsulares como Eça de Queirós)-, y su creciente pesimismo ante el choque con la realidad de este revolucionario protocristiano que: “Al creer en un Dios trascendental hay que renunciar a la libertad y a la existencia. Si el ente humano ha podido progresar del fetichismo al monoteísmo, puede seguir la trayectoria hasta ser existencialista inmanentista. El inmanentismo gonzálezpradiano puede comprenderse en términos de la materia y la energía, los dos componentes del Cosmos. (...) En fin, hay que ubicar al ser humano antes de Dios, proponiendo la dignidad de la existencia como valor supremo”. (p. 175).

Ward, en suma, nos ofrece en este libro un completo análisis de la utopía protocristiana de González Prada; su análisis deseca las ideas de este escritor, contextulizándolo correctamente den-

tro del pensamiento finisecular. Su trabajo, dentro de la bibliografía existente, es una aportación fundamental que nos permite acceder a uno de los puntales del modernismo hispanoamericano. Pero además de todo esto, el libro está lleno de sugerencias para lecturas ulteriores, como sus consideraciones sobre el budismo, que podrían llevar a entroncarlo con Antero Quental, su proudhonismo, así como sus interrelaciones con Unamuno que creo que son mayores de lo que la crítica ha señalado hasta ahora.

Ricardo de la Fuente Ballesteros
Universidad de Valladolid